

# revista **atticus**

www.revistaatticus.es

abril 2019 ■ 15 €

*Nueve*



EL PALACIO DE MONTERREY  
DE SALAMANCA

NÚÑEZ SOLÉ, POÉTICA DEL  
VOLUMEN ESCULTÓRICO

LA «INDEFINICIÓN DEFINIDA» DEL  
ARCHIVO PERSONAL DE FRANCISCO PINO

PHILIP DE LÁSZLÓ EN ESPAÑA

LA MEDICINA Y EL ARTE

LA CAPILLA DE LOS **BENAVENTE**

Debajo de ti se oculta una tonelada de opacidad, un pecio arrinconado por la sal y un petroglifo con escamas.

Menos mal que te tenemos en los garrafones de los capitanes y en las ánforas de los fenicios, porque, si no, nuestro paladar dejaría de saborear erizos de combustible y menta.

Me propongo sorber, utilizando el silabario de los buzos, las cuaderñas de los bajeles y el agua absoluta de lo inabarcable.

Me propongo también escindirte entre una caracola difunta y un soplete átono.

Acabado mi canto asonante, una profusa siembra de algas minúsculas habrá derretido lo que sobra del firmamento solo para que un celemín de muerte restriegue su baba viscosa por el talud que une el llano y el abismo.

Pero, antes de eso, será imprescindible que los cargueros averiados, que surcan sin tripulación la densidad espesa de los trópicos, fondeen en las dársenas cuyo propietario hace tiempo que abandonó el gusto por las mercancías de ultramar.

Ninguno de los moradores del océano (ni Tiamat, ni Leandro el Animoso, ni Ulises, ni Afrodita Anadiómena) me ha suplicado ayuda durante su extravío navegable.

Muy al contrario, quisieron siempre olisquear sin molestias la fetidez de los arenques viejos y los efluvios de los marjales estáticos a la espera de que yo zurciese los paños desgarrados que cubren la simplicidad perfecta del estuario único.

Algo que no estaba en mi mano realizar, debido a que una cabriola del corcel alazán paralizó el movimiento en una instantánea congelada dentro de una pecera vacía y rota.

Cerca de ti, por acumulación de gotas que hacen un líquido inmenso, uno se siente espuma suficientemente blanca como para rivalizar con la harina recién molida, y lejos es tanta la añoranza que dan ganas de enrolarse en la tripulación del Nautilus con tal de estar cerca de los calamares gigantes.

Me acompaña en mi periplo un nutrido grupo de estibadores, nautas, sarracenos, gavieros y maquinistas.

Están dispuestos a dar la vida por un plato de comida caliente y un destino, aunque sea incierto, al que llegar.

Necesitan que la brisa interceda ante el huracán para que no les succione un remolino de incertidumbre.

Como otros muchos, persiguen un sueño: nada del otro mundo, modesto y alcanzable.

Se conforman con sustituir la sirena de la fábrica por la sirena de un trasatlántico de cuatro chimeneas y nueve cubiertas.

A pesar del cariño con el que tratan a sus hijos bastardos, poseen la crueldad necesaria para amputar los tentáculos de los pulpos vivos.

Son verdaderos coyotes, por eso vienen conmigo en esta singladura inamovible.

De lo efímero y sutil que se levanta en la brumosa grisura de la tormenta (agitación de formas fantasmales), queda una música tan repentina como el grito de un ahogado.

Las nubes bajas casi tocan las crestas de las olas proteicas y montañosas.

Cualquiera diría que de las zanjas del cielo salen los turbiones con rabia de ataque epiléptico.

Pero necesitas también la enternecedora protección de las madres estériles que dan refugio a las parturientas primerizas.

Esa tranquilidad que amaina las ventiscas y convierte tu extensa plenitud de planicie profunda en una confluencia de desembocaduras y otras maravillas.

Te seré franco ahora que nos vamos conociendo: me incomodan los balandros que flotan en el lagrimal de los afligidos, incluso siento cierta aversión por los buscadores de perlas que se enamoran de la misma mujer y cantan a dúo bajo las estrellas melancólicas.

Por el contrario, adoro las branquias que terminan en el cubo de los desperdicios de las pescaderías clandestinas.

También disfruto cuando un golpe de mar arrastra las ordinarias quemaduras de los turistas pasajeros.

Ese mismo mar, de color verdoso como el cristal líbico, que miles de años atrás refrescaba a los nadadores de la cueva descubierta por Almásy.

Total cuando ausente, crecido cuando álgido y menor cuando se reduce a un icono de la geografía fantástica.

¡Que me perfore un canal de sutileza si alguna vez dejo de esparcir arena sobre tus ondulaciones móviles!

Tan pronto miro a tu falta de elevación, se adueña de mí un espeso manto de arrecifes y acertijos que ablanda los escollos innecesarios.

Y, mientras tanto, ese vendedor de helados y chucherías recorre con desgana el paseo marítimo.

No sabe que yo le soy fiel desde que las familias adquirieron la costumbre de mirar al sol con gafas oscuras.

En él cobran vida los jóvenes criados de los yates de lujo que dan lecciones de lujuria a sus amos decadentes.

Me dará la espalda con arrogancia de semidiós y temo que, si se va, el mar pierda para mí su legendaria timidez de obstáculo infranqueable.

Por eso, estoy dispuesto a suplicarle que siga exhibiendo esa mandíbula de tracio y esos ojos acuosos durante el amarre de mi inteligencia senil en su juventud rozagante.

Sigo sin encontrar la corriente aquella que solía enfriar las tribulaciones de los náufragos después de que encendieran la fogata de señal de socorro.

Y es que, cuando se abandona una isla, por mucho que los acantilados cerquen nuestra legítima escapatoria del reducto, perdemos la granulometría de lo minúsculo.

Cualquiera que sea la marca de la frenada del culpable de la muerte de tu hijo, querrás arracimarte con su alevosía.

Así, dos maneras de ingerir sulfuro y venganza, ambas igual de primorosas, coincidirán en una galerna carente de piedad.

La misma que ahora golpea con furibunda implosión la escollera que se interpone entre el agua aceitosa del puerto y el agua transparente del océano.

Vuelven los exploradores de los confines de la tierra en sus chalupas y sus balsas a reclamar la pluma caudal del albatros que planea como un bombardero medio muerto.

Cuando la consigan, el mar habrá dejado de ser la cobertura azul de un planeta de fuego para convertirse en un recuerdo de argonautas envejecidos por la mala vida.